

La ciencia del poeta

◆
EUGENIO FRIXIONE

Para AnaMariAna Guardia

El diálogo profesional entre los artistas y los científicos es francamente asimétrico. Mientras multitudes enteras de científicos procuran con fiel asiduidad leer a los mejores literatos, presenciar las creaciones de los más célebres dramaturgos y cineastas, o al menos escuchar con frecuencia a los grandes músicos y decorar sus residencias con alguna pieza original de las diversas artes plásticas al alcance de sus recursos, muy pocos artistas manifiestan un mínimo interés por lo que hacen o escriben los científicos. Ocasionalmente los artistas aprovechan, sí, la temática de la ciencia como fuente de inspiración, o muestran en su obra la influencia del “espíritu científico” correspondiente al tiempo que les tocó vivir. Pero sólo rara vez esta aproximación deriva de un contacto directo con los libros o artículos donde los investigadores publican el producto de su trabajo. Tales excepciones son notables precisamente por tratarse de casos aislados, y es quizás en el gremio de los poetas donde más escasean quienes gustan de traspasar fronteras intelectuales para familiarizarse de primera mano con los conceptos científicos en boga. Las contadas gemas de esta clase especial constituyen un minúsculo tesoro para coleccionistas.

Uno de los ejemplos más tempranos que pueden encontrarse en la literatura española data de los comienzos del siglo XIV. Don Juan Ruiz, el inefable Arcipreste de Hita, ampara un alegato fundamental en su *Libro de buen amor*¹ en la autoridad de la figura científica más respetada de su

época: Aristóteles. El clérigo da muestras de poseer una vasta cultura, en la medida que condimenta su prolijo relato con alusiones a numerosos autores clásicos, entre los que se cuentan otros científicos o pensadores prominentes como Platón y Ptolomeo. Sin embargo, la invocación de Aristóteles desempeña una tarea especialmente crítica porque permite al poeta —apenas pasados los prolegómenos, una vez cumplidas las oraciones que imploran ayuda del Altísimo para llevar a buen término la función, y rendidas ya también las saluciones gozosas a la Virgen María, es decir cuando llega el momento de entrar al fin en materia— comenzar con una justificación basada en la verdad incuestionable de que “segund natura los omes é las otras animalias quieren aver compañía con las fenbras”.

Era inevitable que el Arcipreste incursionara en terreno escabroso, si su libro acerca del amor había de cubrir los múltiples aspectos del tema. En un largo párrafo que constituye la única sección redactada en prosa y hace las veces de prólogo, el poeta arguye que su objetivo principal consiste en conducir al lector hacia “el buen amor, que es el de Dios”. No obstante, para ello es preciso describir también por contraste “algunas maneras é maestrías é sotilezas engañosas del loco amor del mundo”, toda vez que conocemos las debilidades de “la natura umana, que más aparejada é inclinada es al mal que al bien, é á pecado que á bien”. Y, avanzando todavía un paso más en este sendero de solidaria comprensión del prójimo, el Arcipreste advierte: “Enpero, por que es umana cosa el pecar, si algunos (lo que non los conssejo) quisieren usar del loco amor, aquí fallarán algunas maneras para ello.” Por consiguiente, nadie deberá sorprenderse de que el pretendido afán disuasivo del texto en relación

¹ Arcipreste de Hita (don Juan Ruiz), *Libro de buen amor*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1952.

con el loco amor del mundo tome bien pronto un cariz instructivo, más propio de don Juan (Tenorio, que ya no Ruiz, si se excusa el anacronismo) que de un piadoso Arcipreste.

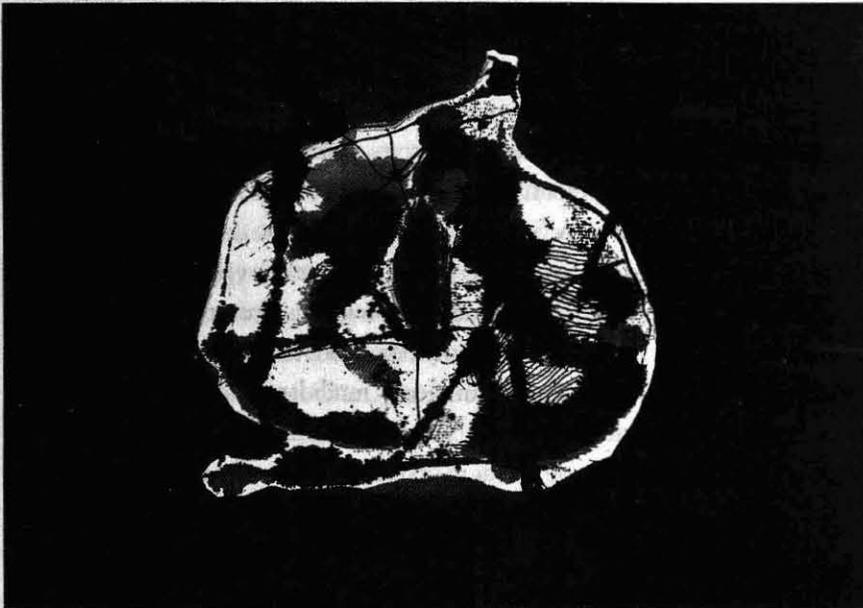
Fuese devota o maliciosa la lectura que pudiera aguardarle, el Arcipreste admite de entrada que ha compuesto el libro a pesar de su "poquella çiençia é de mucha é grand rudeza". Qué mejor aliado entonces, sobre todo para avalar un pasaje particularmente comprometido y riesgoso, aunque crucial para cimentar la exposición, que el venerable Aristóteles. Ciertamente la privilegiada inteligencia de este coloso del pensamiento universal no había bastado para librarle de haber sido pagano, por la sencilla razón de que no tuvo la suerte de nacer después del advenimiento del Salvador. Pero aun así el ilustre sabio griego, llamado muchas

veces simplemente "El Filósofo", era sin duda el maestro más digno de confianza entre cuantos llegó a producir la Antigüedad, en especial para normar criterios en todo lo que toca a la explicación de aconteceres en el mundo natural. Así lo habían reconocido los más prominentes Padres de la Iglesia, luego del redescubrimiento relativamente reciente de aquellas obras magistrales conservadas durante siglos por los moros y otros infieles, y de la gradual traducción de las mismas al latín. Nada menos que el sapientísimo dominico Alberto Magno, *Doctor Universalis* y profesor de ciencias y filosofía en Colonia y París, apenas dos generaciones atrás, había recomendado seguir preferentemente a Aristóteles que a San Agustín para toda discusión acerca del mundo físico: "Convendría saber que en lo que atañe a la fe y las costumbres

hay que confiar más en Agustín que en el Filósofo, cuando defienden opiniones discrepantes. Mas cuando se trata de medicina, yo me apoyaría más bien en Galeno y en Hipócrates, y cuando se discute la naturaleza de las cosas, vuelvo a confiar más en Aristóteles o en cualquier otro experto."²

Poco después, otro gigante de erudición, el *Doctor Angelicus* Tomás de Aquino, a su vez discípulo del gran Alberto, empeñó toda una vida en la faena de conciliar el pensamiento aristotélico con la doctrina cristiana. El fructífero resultado de esta proeza, si bien de enorme extensión y lectura algo pesada, se había convertido en el documento de referencia definitivo en materia de fe. Era pues no sólo moralmente irreprochable, sino además vanguardista, citar lo escrito por El Filósofo para todo asunto que pudiera prestarse a interpretaciones equívocas en cuestiones tocantes al mundo natural.

Ahora bien, según Aristóteles cada uno de los seres vivientes que se encuentran en la naturaleza pertenece a uno de tres niveles más o menos bien diferenciados. Las plantas representan la categoría más simple, puesto que sólo disponen de las capacidades de nutrirse y reproducirse. En contraste, los animales, además de realizar también estas dos fun-



² Alberto Magno, *Summa theologiae* (en I. Craemer-Ruegenberg, *Alberto Magno*, Barcelona, Herder, 1985, p. 29).

ciones, tienen sensibilidad y poder para moverse por sí mismos. Por último, los humanos manifiestan todo lo anterior, y aparte poseen la razón o virtud del pensamiento. Todas estas habilidades están organizadas de acuerdo con una estructura jerárquica, de tal manera que las de cada nivel son estrictamente dependientes de aquellas que caracterizan el plano inmediato inferior. "De aquí que ante todo debemos tratar de la nutrición y la reproducción", dice Aristóteles refiriéndose al orden que conviene seguir para el estudio de las funciones vitales.³ La nutrición y la reproducción —confirma en otra parte— son las dos actividades fundamentales de todo aquello que vive, y en particular de los animales: "La vida de los animales, entonces, puede ser dividida en dos actos —procreación y alimentación; porque en estos dos actos se concentran toda su vida y sus intereses ... Y todo cuanto es conforme a la naturaleza es placentero, y los animales persiguen el placer de acuerdo con su naturaleza."⁴

Esto mismo repite el Arcipreste, aunque sin especificar su fuente y valiéndose de cierta licencia poética para introducir un giro retórico de su cosecha:

Como dice Aristóteles [sic], cosa es verdadera:
el mundo por dos cosas trabaja: la primera,
por aver manteniencia; la otra cosa era
por aver juntamiento con fenbra plazentera.

En seguida se justifica tal aseveración, no sólo escudando el humilde poeta su posición tras las enseñanzas del cetero Filósofo, sino aduciendo además pruebas objetivas de lo que acaba de afirmar en el cuarto verso:

Sy lo dexies' de mío, sería de culpar;
dízelo grand filósofo: non so yo de raptar;
de lo que dize el sabio non devezes dudar,
ca por obra se prueba el sabio é su fablar.
Que diz' verdat el sabio claramente se prueba;
omes, aves, animalias, toda bestia de cueva
quiere, segunt natura, conpañia sienpre nueva;
e muncho más el ome, que toda cosa que s' mueva.

Esta última singularidad, cuya enunciación seguramente hubiera sorprendido mucho al propio Aristóteles, reclama una aclaración especial por parte de su epígono:

³ Aristóteles, *De anima* II, 4, 415-423.

⁴ Aristóteles, *Historia animalium* VIII, 1, 589 a 3-9.



Digo muy más el ome, que de toda criatura:
todas a tiempo çierto se juntan con natura;
el ome de mal sesso todo tiempo syn mesura,
cadaque puede é quier' facer esta locura.
El ffuego ssienpre quiere estar en la çeniza,
comoquier que más arde, quanto más se atiza;
el ome, quando peca, bien vee que desliza;
mas non se parte ende, ca natura lo enriza.

Quedan así planteados los antecedentes que permiten rematar al fin con una confesión y un juicio imbuido de ética pragmática:

E yo, porque so ome, como otro, pecador,
ove de las mugeres á vezes grand amor:
provar ome las cosas non es por ende peor,
é saber bien é mal, é usar lo mejor.

El lector tiene pues frente a sí un texto donde, además de verse la experiencia personal del poeta, éste recomienda a cada cual intentar y evaluar las cosas por sí mismo, y donde se enmarca el tema en la teoría científica más avanzada del momento. Pocas páginas de la trova posterior podrán hallarse que reúnan semejantes atributos. ♦